

Honor a don Julián Marchena

Por ALFREDO CARDONA PEÑA

Con pena me he enterado de la renuncia de don Julián Marchena a la dirección de la **Biblioteca Nacional** y a la directiva de la **Editorial Costa Rica**. Alejado de mi Patria, y sin compartir las incidencias de la vida josefina en sus manifestaciones directas o íntimas, no me es posible comentar las causas de dichas renunciaciones. Pero a lo que tengo perfecto derecho, como costarricense y como escritor, es a elevar la voz en apoyo de don Julián Marchena, amigo distinguidísimo y grande y delicado poeta de nuestro conjunto istmeño, cuyo trabajo como productor de belleza, y su ejecutoria al servicio de la cultura americana, son relevantes e indiscutibles.

Al hombre de muchos años —que los viejos castellanos llamaban “dioso”— no se le puede pedir así no más, y en tanto no lo demuestre, que abandone sus actividades públicas, con toda la hipócrita cortesía del caso. México, por ejemplo, acaba de celebrar jubilosamente —pero sin “jubilación”— los ochenta años del eminente periodista y escritor, don Martín Luis Guzmán, quien no obstante la senectud sigue al frente de múltiples faenas oficiales y diarísticas. Y a nadie se le ha ocurrido, en razón a la edad proveya, sugerir que abandone sus puestos.

Don Julián Marchena ha prestigiado a Costa Rica, y es uno de nuestros “clásicos”. Poemas suyos han tenido la fortuna de permanecer en el recuerdo del pueblo, hospedarse en antologías y ser recortados como flores preciosas que el tiempo no se

atreve a tocar. Mas hay un aspecto de su obra, menos visible, pero de enorme significación para la inteligencia, y es el del servicio humano, el del consejo y la orientación. Don Julián ha heredado de los buenos maestros costarricenses (pienso en García Monge), aparte de una cortesía y bondad innatas, el sentido de la generosidad y el arte de saber estimular las iniciativas positivas: labor que podemos definir como “misionera del espíritu”.

Por tales motivos, desearía que los profesores, estudiantes, periodistas y escritores, jóvenes y viejos, de éste o del otro partido ofreciesen sin reticencia alguna un magno acto público que bien podría efectuarse en nuestro máximo coliseo, como homenaje al emérito ciudadano que hoy, tras muchos años de brega, se ha retirado a la vida silenciosa y tranquila del escritorio hogareño, prefiriendo el ocio fecundo de la lectura al ajeteo de la oficina y el placer del recuerdo y la satisfacción del deber cumplido a los trabajos obligatorios. Ese acto de solidaridad que deseo para don Julián no simbolizaría el adiós no. Significaría el aplauso unánime de la sociedad inteligente, el apoyo moral. El obsequio de un honor a quien honor merece. **sequio de un honor a quien honor merece.** Porque en donde se encuentre, con biblioteca o sin biblioteca, don Julián Marchena seguirá laborando, instruyendo y seleccionando páginas y libros. Su espíritu se mantiene alerta, su camino no ha terminado. **A hombres como él, no los jubila sino lo inexorable.**

Nota aclaratoria: este material ha sido modificado de su versión original para su restauración y conservación